

---

## Capítulo LXX.

---

Donde fray Pedro Melgarejo aconseja al duque de Béjar que case á su hija con Hernan Cortés.

—Voy á pedir os consejo sobre un asunto de suma gravedad, y que tiene para mí una gran importancia.

—Consultadme lo que gustéis, y estad seguro de que mi alegría será inmensa si puedo contribuir al fin que os proponéis.

—Todos los días se aumenta el número de los hombres que se hacen dignos de títulos por su valor: yo casaré á mi hija con uno de esos.

—Pues á mi juicio ninguno tiene tantos como el ilustre conquistador de Méjico, el valeroso Hernan Cortés.

—Ciertamente; pero es preciso además que el ca-

rácter, que los sentimientos del que haya de ser esposo de mi hija, le hagan digno de ella.

—Puedo aseguraros que Hernan Cortés reúne todas esas condiciones. Y no creáis que esto es una mera suposición.

—No teneis que hacer esa salvedad. Conozco vuestro buen juicio, sé que no sois impresionable, y por lo tanto, la opinión que hallais formado de él obedecerá á sólidas razones.

—Hernan Cortés es de mi mismo pueblo, nos hemos criado juntos, y me parece no equivocarme á decir que le conozco á fondo.

—Todos somos falibles en este mundo, y yo prefería que antes exploráseis la voluntad de vuestra querida hija. Las mujeres, señor don Alvaro, están dotadas de una exquisita perspicacia, y con una sola mirada descubren mucho más el carácter del hombre que se les destina para el esposo, que los padres y los amigos observándoles años enteros.

—Consultaré á mi hija, según deseáis.

—Debo advertiros que no pronunciéis en primer término el nombre de Hernan Cortés; bastaría que así lo hiciéreis para que Blanca creyera que querías imponérsele como marido.

—Veo que conocéis á las mujeres.

—El confesonario, señor don Alvaro, es un libro inapreciable.

Fray Pedro Melgarejo se despidió del duque de Béjar.

Un momento despues llamaba este á su hija.

En cuanto se presentó la jóven:

—Te he mandado llamar,— le dijo,— porque quiero conocer tu voluntad acerca de un proyecto que ha de decidir respecto á tu porvenir.

—Sé el entrañable cariño que me profesais, y cualquiera que sea aquel, estoy segura que redundará en mi felicidad.

—Ya ves, hija mia, que la nieve blanquea mi cabeza, y que si bien, á Dios gracias, no me aqueja ninguna enfermedad de esas que poco á poco van destruyendo las fuentes de la vida, la verdad es que el cielo puede disponer de mis dias, y antes que llegue ese momento, que te protegiera en el proceloso mar del mundo.

Un sentimiento mezcla de rubor y de tristeza se apoderó del alma de la jóven.

—Vamos, mi querida Blanca, háblame con franqueza; ¿tú amas á alguno?

—¿Acaso habeis podido figurároslo?

—Nada de extraño tendria, y sentiria únicamente que no me lo hubieses confiado, cuando sabes que además de tu padre soy tu mejor amigo.

Después de un pequeño intervalo, exclamó la jóven:

—Ya habeis visto, padre y señor, que á cuantos se han presentado á pedir mi mano los he despreciado.

—Razon de más para que insista en que tú amas á alguien. ¿Porqué te obstinas en negarlo, cuando estoy convencido que sólo puede inspirarte amor lo que es digno, lo que es grande?

—Pues bien, padre mio; yo amo la gloria. Los títulos heredados que ostentan algunos de mis pretendientes, no me envanecen. Las riquezas de que tan orgullosos se muestran otros, no producen en mí sensacion alguna. El hombre que yo he soñado ha de ser ciertamente noble; pero sólo á su valor, á sus hazañas, á sus hechos héroicos ha de deber estos timbres.

—Eso es contestar categóricamente; pero aun exijo que seas más explícita.

Y viendo que su hija no añadía una sola palabra:

—¿Quién es el mortal feliz en quien has fijado tu eleccion?

—Os juro que no he pensado formalmente en eso.

—¿Tu me engañas, picarilla!

—os digo lo que siento.

—En ese caso, pasaremos revista á los donceles que reunen las circunstancias que apeteces.

—¡Jesús! hoy os habeis empeñado en mortificarme,—dijo Blanca, haciendo un mohin de disgusto.

—Empecemos por Diego Colon, el hijo del inmortal marino, que fué el primero que descubrió que existian otros territorios allende los mares.

Blanca guardó silencio.

—Cuando nada contestas, indudablemente no es de tu agrado el candidato. Pasemos á otro.

—No os molesteis.

—Pero ¿por qué?

—Porque sólo hay un hombre en el mundo á quien yo entregaria mi corazon.

—¿Quién es?

—Respetad mi secreto, os lo suplico.

—¿Puedes tener secretos para mí, que te quiero más que á la luz de mis ojos, porque en tus virtudes, en tu belleza se refleja la angelical mujer que te dió el sér?

Blanca dirigió una mirada de ternura á su padre. Despues continuó.

—La ilusion que me sonrie tal vez no tenga razon de ser, y sin embargo, constituye mi vida entera.

—Explicáte de una vez, porque me pierdo en un mar de conjeturas.

—Pues bien, el hombre que yo he soñado, el que jamás se aparta de mi imaginacion, el único que considero que podria hacerme feliz, es...

—Vamos, hija mia, concluye.

—Hernan Cortés. Los detalles que he oido referir de la conquista de Méjico, le hacen aparecer á mis ojos como un sér excepcional.

El que á los pocos dias de abandonar la Península, viéndose en lejanas tierras y en medio del descontento de los que le acompañaban, es capaz de echar á pique las naves para no retroceder, es indudable que alienta un gran corazon.

Don Alvaro gozaba lo que no es decible al oír expresarse de aquel modo á su hija.

Le halagaba en extremo la eleccion que habia hecho Blanca.

Durante algunos instantes permaneció pensativo,

buscando en su imaginacion los medios de convertir en hecho aquel proyecto.

Como si Blanca adivinase las ideas que cruzaban por su mente:

—Ya os habeis convencido de lo absurdo de mis ilusiones, toda vez que ni aun siquiera se ha cruzado mi palabra con la del valeroso caudillo.

En esto estaban de su conversacion, cuando se presentó de nuevo fray Pedro.

Su visita tenia por objeto saber el resultado de la entrevista de padre é hija, por más que al saludar á don Alvaro le dijera:

—Vengo á reclamar vuestro auxilio para unos desgraciados.

—Ya sabeis que en esta casa podeis disponer cuanto gustéis, en la seguridad de que nos creeremos honrados al seguir vuestros mandatos.

Blanca se retiró inmediatamente, y comenzaron á hablar los dos amigos.

Haremos gracia de esta escena á nuestros lectores, porque ya pueden figurarse de lo que se trataria en ella.

Básteles saber que el duque y fray Pedro se prometieron favorecer á Cortés cerca del rey, y vigilar incesantemente á sus numerosos enemigos para desbaratar sus planes.

---

## Capítulo LXXI.

---

En el que Hernán Cortés, auxiliado por sus entusiastas admiradores, destruye de nuevo los planes de sus enemigos.

Por lo que dejamos dicho en los capítulos precedentes, se comprenderá la viva satisfacción con que oiría fray Pedro las revelaciones del emisario de Chevres.

Inmediatamente se dirigió á Toledo, como hemos dicho, para conferenciar con el duque de Béjar respecto á lo que acababa de saber.

Ya sabía el ilustre don Alvaro que se conspiraba en contra de Hernán Cortés.

El comendador Pedro de Pina, el licenciado Nuñez y don Gonzalo Hurtado, amigos suyos, le habían enterado de que Carlos V estaba muy resuelto á destituir al ilustre conquistador.

La llegada de fray Pedro Melgarejo le decidió á llevar á cabo una resolución que había adoptado.

Fué á palacio, y apenas se hizo anunciar se apresuró, como de costumbre, á recibirle el emperador.

Abordando la cuestión:

—No he querido hacerme eco, —le dijo con su natural energía, —sin oírlo de los labios de vuestra majestad, de un rumor que, aunque absurdo, circula de boca en boca en palacio.

—¿A que aludís?

—A la noticia de que vá á ser destituido del cargo que debe á sus merecimientos, del puesto glorioso á que le hacen acreedor de sus hazañas, el ilustre y valeroso caudillo Hernán Cortés, que tan alta ha puesto la honra de España en aquellos lejanos países.

El rey, en quien, como ya hemos visto, ejercían poderosa influencia las palabras del duque de Béjar, vaciló en la respuesta que debía confirmar las sospechas de don Alvaro.

Este continuó:

—Empiezo á temer que esos rumores han tenido origen en la real cámara, cuando vuestra majestad no los desmiente.

—Así es, en efecto; es ya de todo punto imposible que continúen los negocios de Indias en el lamentable abandono en que se hallan. Todo el mundo está preocupado con lo que allí podrá ocurrir, y las conjeturas que se hacen son cada vez más desfavorables á Cortés, cuyo silencio nadie puede explicarse.

—Pues yo estoy seguro de la lealtad de Hernán

Cortés, y creo que es el único que puede y debe dirigir la conquista.

—Yo también lo había creído hasta ahora; pero se me ha demostrado lo contrario.

—Veo, por desgracia, que vuestra majestad ha dado oídos á la calumnia, á la envidia. Dentro de palacio hay unos cuantos miserables, que no pudiendo ver con calma que sin más elementos que su talento se haya elevado á tanta altura el bizarro caudillo que dirige la conquista de Méjico, tratan de desprestigiarle, de amenguar su gloria, y para conseguirlo, no tienen escrúpulo en la eleccion de los medios, por viles rastros que sean.

Hablaba con tal vehemencia el duque de Béjar, que el monarca vaciló en la resolucion que había adoptado.

Don Alvaro, á quien no se le ocultaba la impresion que producian sus palabras en el ánimo del emperador Carlos V:

—Sólo me atrevo á pedir una gracia: aplazad la destitucion de Hernan Cortés, por cuya conducta respondo con mi vida y hacienda.

—Está concedido desde luego.

El de Béjar se retiró.

Hernan Cortés, auxiliado por sus entusiastas admiradores, destruía de nuevo los planes de sus encarnizados enemigos.

La llegada á España de uno de sus amigos, á quien había confiado una mision importante, acabó de parar el golpe que se fraguaba contra él.

Este enviado se llamaba Diego de Soto.

Desembarcó en Sevilla, y la noticia no tardó en divulgarse.

Fray Pedro Melgarejo, de acuerdo con el muy ilustre protector de Hernan Cortés, el duque de Béjar, se trasladó inmediatamente á Sevilla.

—¡Oh!—exclamó el sacerdote con aquella evangélica bondad que tan querido le hacia de cuantos le conocian.—No sabeis todo lo útil, todo lo oportuna que es vuestra llegada en estos momentos. Los enemigos de vuestro esclarecido caudillo, de mi amigo, de mi compañero de la infancia, porque habeis de saber que hemos nacido en el mismo pueblo y pasado juntos los dias juveniles; los enemigos de Cortés, repito, casi habían conseguido inclinar el ánimo del rey para que le destituyera del cargo que ejerce.

Diego de Soto había ya conferenciado con los enemigos de Cortés, que como siempre, habían tratado de catequizarle para que entregase los pliegos que traía.

Al pronto sospechó si aquel sería un nuevo lazo; pero hombre de mundo y buen observador, no tardó en convencerse de que el lenguaje de fray Pedro no era el de la falsía; de que su fisonomía y la expresion de su mirada no era la del traidor que adopta una dulzura afectada para ocultar bajo ella lo cínico de sus pensamientos.

—No extrañeis, padre,—le dijo Soto,—que haya oído con alguna reserva vuestras palabras, que estoy seguro que son sinceras. Desgraciadamente para la

persona á quien represente, abundan los que son contrarios á su causa. No hace todavía un cuarto de hora que ¡vive el cielo! he necesitado de toda mi calma para no arrancar la lengua á un miserable que se ha atrevido á hacerme proposiciones injuriosas para el que aliente un corazón generoso.

—¿Qué ha sido ello?

—Vais á saberlo.

Fray Pedro Melgarejo prestó atención.

—No bien hube llegado á Sevilla, salieron á recibirme algunos personajes, ofreciéndome todos á porfía su casa para alojamiento y queriéndome honrar con su mesa.

Yo adivinaba bajo aquellos, al parecer, amistosos ofrecimientos, algo que me aconsejaban aceptarlos.

Pero al ver la insistencia de todos:

»—Para no agraviar á nadie con mi preferencia, —dije,—me permitireis que vaya á una posada.

Noté que les contrariaba mi resolución, y uno de ellos añadió:

»—Pero al ménos aceptareis un banquete que en honor vuestro tendrá lugar esta noche.

»—Estoy muy fatigado del viaje, y preferiría que aplazáseis ese obsequio.

»—Sea lo que gustéis; pero mañana no habeis de negaros á aceptar.

»—Empeño mi palabra.

—¿Pero qué se proponían?—preguntó fray Pedro.

—Vais á saberlo. En el banquete comenzaron á hacerme preguntas maliciosas respecto á Hernan

Cortés, y aun algunos se permitieron poner en duda su valor, su pericia.

Yo, como era natural, le defendía calurosamente, y uno de los que me escuchaban tuvo la audacia de decir:

»—Lástima es que la simpatía que sentís hasta vuestro jefe os sea perjudicial para vuestro porvenir. Según tengo entendido, el agradecimiento no es una de las cualidades que más brillan en él. En cambio no faltan en España personas que, sabedoras con exactitud de lo que ocurre en aquellas lejanas tierras, os dispensarían su protección si os afiliáseis á su partido.

Fray Pedro Melgarejo hizo un signo de indignación.

—¡Qué infamia! exclamó.

—Pues no es eso todo; llegaron á proponerme que les entregara los pliegos que traía el rey á cambio de una gran cantidad de oro, y semejante cinismo me hizo estallar.

—Ahora empiezo á ver claro,—exclamó el religioso, de una palmada en la frente.—Sin duda otros emisarios que os han precedido han venido su fidelidad á esos intrigantes. De otro modo, no se explica que durante tanto tiempo se haya carecido en la corte de noticias de vuestro ilustre jefe.

—¡Es posible!

—Lo que oís; y tanto es así, que se ha explotado ese silencio como una prueba de que Cortés era rebelde, de que la conquista no se hallaba en estado

próspero, y otros mil absurdos y atrocidades por el estilo.

—Afortunadamente, yo demostraré lo contrario. Los setenta mil castellanos de oro que traigo, y los cuantiosos regalos que voy á ofrecer al emperador Carlos V, hablarán más alto en favor de Hernan Cortés que cuanto puedan decir los pliegos que se me han confiado.

La alegría brillaba en el rostro del padre Melgarejo.

—¡Oh! Permitidme que os abrace; vos sois el salvador de mi querido amigo.

—Yo creo que lo que procede en vista de las circunstancias, es ponernos cuanto antes en camino para la córte.

Así lo hicieron en efecto, y veinte dias despues se presentaba en palacio Diego de Soto acompañado del entusiasta admirador de Cortés, el duque de Béjar.

Asistamos á la entrevista que celebraron con el rey.

---

## Capítulo LXXII.

---

Donde el emperador Carlos V. se convence de la certeza de las indicaciones del duque de Béjar.

—Razon tenia yo cuando decia á vuestra majestad,—exclamó don Alvaro con su habitual franqueza,—cuando os aseguraba que Hernan Cortés era leal, y por lo tanto no merecia que se adoptase la determinacion que os habian aconsejado sus enemigos. La persona á quien tengo el honor de presentar á vuestra majestad acaba de llegar de las Indias, y los pliegos que trae le acreditan cerca de vuestra majestad como enviado del ilustre caudillo.

Diego de Soto se adelantó respetuosamente, é hincando la rodilla en tierra, puso en las reales manos del monarca aquellos documentos.

—Veamos qué noticias me participa Hernan Cor-